

40

Entre La certeza y
La ambigüedad :
el muñocismo y La
huelga azucarera
de 1942

gabriel villaronga

RESUMEN

PARA ENTENDER LA CONSOLIDACIÓN del muñocismo, la huelga de 1942 debe ubicarse en la cúspide de ese desarrollo histórico. A pesar de su importancia, la huelga no ha sido estudiada con suficiente rigor. En un ensayo que podría subtitularse “reflexiones sobre el populismo puertorriqueño,” el autor explora el desarrollo de la huelga a la luz de transformaciones políticas de mayor envergadura. Este trabajo examina la protesta de la CGT tomando en cuenta los efectos provocados por el movimiento populista, las reformas del PPD y la Segunda Guerra Mundial. Debido a que operaban en un contexto saturado de ambigüedades y fluidez política, los huelguistas emergieron como un David victorioso ante la fuerte oposición del Goliath patronal.

Palabras claves: populismo, lucha obrera, política

Milenio, Vol. 8/9, 2004-2005
ISSN 1532-8562

Los azucareros están ensoberbecidos debido a que a pesar de las maniobras que han realizado para romper la moral del victorioso movimiento huelgario no han podido conseguirlo. El Gobernador no se ha prestado a servir de instrumento a los potentados para aplastar las demandas de justicia social y humana de las muchedumbres obreras. Con otro gobernador carente de la envergadura moral e ideal que posee el Dr. Tugwell, las agencias del estado, con toda su poderosa maquinaria, hubieran estado a estas horas al servicio de los patronos realizando toda clase de injusticias y brutalidades...!

*Francisco Colón Gordiany
Presidente de la CGT, 8 de febrero de 1942*

Absolutamente nada tiene que ver el Partido Popular con el fomento de la huelga existente en la industria azucarera. Este es un movimiento de reivindicación obrera, conducido por una organización “bona fide” del trabajo. Desde luego que todo clamor de justicia tiene la simpatía del Partido Popular. Creemos que en este caso los trabajadores tienen derecho a ser oídos, y estamos en entera simpatía con la necesidad de mejoras en

Las condiciones de trabajo. Esa es la única posición del Partido Popular Democrático.²

*Editorial de El Imparcial
31 de enero de 1942*

I have talked with Muñoz and told him that unless he gets the strikers to go to work and allow grievances to be settled in an orderly way, I shall resign. I know that the agitation is kept up by his local leaders. If he has no discipline we may as well know it. I have staked everything on fairness, openness, and protection for all interests. If I am not to be trusted, I would rather quit now.³

Rexford G. Tugwell

Gobernador de Puerto Rico, 3 de febrero de 1942

A PRINCIPIOS DEL AÑO 1942 tuvo lugar una breve pero impresionante huelga en la industria azucarera de Puerto Rico que representó una victoria para los trabajadores y marcó un período de cambios significativos en la isla. La huelga devastó a la ya agonizante Federación Libre de Trabajadores (FLT) y contribuyó a consolidar a la Confederación General de Trabajadores (CGT). A pesar de su gran historial de lucha, el deterioro de la FLT era evidente y fue subsanado por el movimiento laboral con su apoyo decisivo hacia la CGT. La huelga de 1942 también involucró a los principales contrincantes políticos de la época. El recién formado Partido Popular Democrático apoyó a los huelguistas, mientras que la Coalición (compuesta por republicanos y socialistas) se alineó con la oposición anti-huelguística de la FLT. De tal forma que, la huelga fue simultáneamente, un conflicto laboral y una contienda política. Es importante destacar que la huelga ocurrió pocas semanas después del ataque a Pearl Harbor y coincidió con los preparativos bélicos de los Estados Unidos, lo que produjo dificultades a los planes de defensa de Washington, D. C., en plena Segunda Guerra Mundial.

La falta de mayor conocimiento sobre la huelga de 1942 ha sido atenuada por un artículo de Juan Giusti y por la investigación de quien suscribe.⁴ El presente artículo no pretende narrar los eventos de la huelga, sino enfatizar algunos puntos cruciales. Parto de la premisa de que la huelga significó la confrontación de fuerzas laborales, políticas e históricas muy dispares. Por un lado, la huelga tuvo como protagonista a un David: la intervención de un movimiento populista en plena etapa de formación. El binomio organizativo CGT-PPD condensó retos similares para los obreros y los líderes políticos. Ambas organizaciones estaban recién formadas, confrontaban los embates de un apoyo multitudinario y ansiaban credenciales para confirmar su legitimidad. Además, la relación entre la CGT y el PPD, que tanto depen-

día del consenso en pro de la justicia social, jamás significó una compatibilidad total de objetivos. El año 1942 era una época de tanteos para grupos que actuaban al unísono para obtener reformas, pero defendían intereses particulares: los trabajadores, campesinos, desempleados, comunistas, ex-socialistas, independentistas, tecnócratas y otros sectores que se unieron al PPD. Es menester añadir que la huelga fue opacada por las dificultades en el frente doméstico de la guerra, los últimos vestigios de la Gran Depresión y un clima general de incertidumbre en la isla y en el mundo. Los agentes sociales y el contexto histórico de la huelga concuerdan con “los significados ambiguos” que el estudioso Carlos de la Torre le atribuye a los populismos latinoamericanos.⁵ Aunque la acción colectiva le provee un norte al populismo, de la Torre enfatiza la diversidad de experiencias que fragmentan y polemizan las definiciones fáciles sobre este tipo de movilización.

Al otro extremo del panorama laboral y político, la huelga azucarera tuvo como antagonista a un Goliat: el conjunto de fuerzas opositoras representadas por la Coalición. A diferencia del movimiento populista en ciernes, socialistas y republicanos hicieron de la Coalición una maquinaria política formidable mediante acuerdos electorales de poca validez, pero muy efectivos para tomar el poder entre 1932 y 1940. Los republicanos contaban con el apoyo financiero de los patronos. Durante la huelga, la Coalición nunca dejó de mencionar que representaba una fuerza política de gran experiencia. Sobre todo, los socialistas insistieron constantemente en que la FLT y sus líderes eran producto de cuarenta años de dedicación a la lucha obrera. De mayor peso fue el reclamo de socialistas y republicanos que impugnaron la posición asumida por el PPD como el partido triunfante en las elecciones de 1940. El PPD no superó la cifra de votos obtenida por la Coalición.⁶ Para aventajar a la Coalición en el gobierno, el PPD requirió el apoyo de la Unificación Tripartita y, a veces, de disidentes coalicionistas. Además de estos reclamos, la Coalición esgrimió otro argumento contundente: socialistas y republicanos condenaron el paro laboral por ser nocivo a los planes de defensa nacional. Según la Coalición, la huelga interrumpió la producción de guerra tan necesaria para los Estados Unidos. Para acentuar la ilegalidad de la huelga, la FLT se aferró a la promesa hecha por las uniones estadounidenses de evitar protestas en tiempos de guerra y mantener la paz industrial. Los argumentos de la Coalición apelaban al sentido común y a precauciones razonables. La fortaleza de la Coalición prometía ser inexpugnable, gracias al peso de sus reclamos y la abundancia de sus recursos.

Ante este rival dotado de capacidad organizativa y sólidos argumentos, la CGT y el PPD parecían estar en desventaja. Lo cierto es que la huelga fue un contexto favorable para explotar al máximo las ambigüedades y sutilezas que caracterizaron al movimiento populista. Los trabajadores solicitaron el apoyo del PPD, pero rechazaron un pacto formal con el partido para

evitar las dificultades sufridas por los socialistas dentro de la Coalición. Al intervenir en la huelga, el PPD buscó satisfacer sus intereses políticos, pero evitando posturas que pusieran en juego al partido o violentaran la distancia que, por cautela y suspicacia, exigía la CGT. Los líderes de la CGT, el PPD y el Gobernador Rexford G. Tugwell ayudaron a los trabajadores, pero maniobraron de forma oblicua para evitar la imposición de la ley marcial en Puerto Rico—una medida que hubiese garantizado la paz industrial a costa de las reformas socioeconómicas que eran urgentes para la isla.⁷ Mientras la CGT, el PPD y otros participantes de la huelga mantuvieron una relación imprecisa durante el conflicto, el Gobernador Tugwell vacilaba entre apoyar a los trabajadores y velar por la producción de guerra. Lejos de evidenciar la existencia de organizaciones depuradas de ambivalencia, intereses claramente demarcados o planes de acción trazados con exactitud, la huelga de 1942 creó un contexto en donde la espontaneidad, la improvisación y la fluidez de iniciativas fueron la orden del día.

El convenio colectivo de 1942 entre la Asociación de Productores de Azúcar (APA) y la FLT creó discordia por ser injusto para los trabajadores y excluir a la CGT de la negociación.⁸ Aunque este convenio repitió las agravios de años anteriores, los trabajadores de la CGT no se conformaron con impugnarlo, como lo habían estado haciendo desde la década del 1930. Luego de evaluar favorablemente su capacidad para la acción y el surgimiento de un movimiento populista a favor de la justicia social, los trabajadores de la isla dieron rienda suelta a sus protestas, sin escatimar recursos políticos o frentes de lucha. Desde el comienzo de la huelga, la intensidad y la amplitud del conflicto redefinieron las funciones y expectativas de sus participantes, de sus opositores y de las autoridades. Todos los sectores involucrados en la huelga asumieron posturas más allá de la mesa de negociaciones y actuaron de acuerdo a transformaciones políticas de mayor envergadura. Cuando las bases militares se convirtieron en escenarios de protestas,⁹ los puertorriqueños se prepararon para la peor situación posible al percibir como inminente un paro general en la isla.

Ante el reto de coordinar la huelga y aunar fuerzas en torno a la CGT, una unión todavía en su etapa inicial de crecimiento, los trabajadores compensaron sus labores en las líneas de piquete con las ventajas que obtuvieron como correligionarios del PPD a favor de la justicia social. En particular, los telegramas y las cartas que los trabajadores escribieron al PPD revelan el grado de afinidad entre el partido y sus seguidores.¹⁰ Ya fuese para enviar información, explicar dificultades, solicitar ayuda o exigir la intervención de Muñoz, los trabajadores expresaron sus inquietudes frente a con una relación política que aún estaba en proceso de maduración. La primera sesión legislativa del PPD en 1941 confirmó el compromiso reformista del partido, pero sin afianzar de forma automática el apoyo laboral. Mientras los traba-

jadores evaluaban las ventajas de tener un aliado político, el PPD alentó a su audiencia con mensajes que dicen poco sobre una relación formal y mucho sobre cómo enlazar los intereses de ambas partes.¹¹

La ambigüedad en la relación entre la CGT y el PPD subyace como denominador común de distintos eventos de la huelga. La CGT y el PPD exploraron formas de acción conjunta sin admitirlo oficialmente durante el conflicto. Por ejemplo, la CGT y el PPD auspiciaron reuniones en el teatro de Yabucoa y al mismo tiempo negaron en la prensa del país la existencia de un vínculo político.¹² De manera similar, el PPD y los comunistas se codearon en las líneas de piquete a pesar de su distanciamiento ideológico.¹³ Incluso, la policía fue partícipe de estas ambigüedades. Aunque los alguaciles respondieron al llamado de Muñoz para mantener imparcialidad y evitar los macanazos, la policía desestimó la protesta al reportar cifras reducidas de huelguistas.¹⁴ Aparentemente, la policía cumplió con la petición pro-laboral de Muñoz y con el intento de Tugwell para evitar señales de caos y la imposición de la ley marcial. Le tocó a Francisco Colón Gordiany, el presidente de la CGT, criticar los informes de la policía y alegar que la huelga evidenció la participación de entre 50,000 a 80,000 manifestantes en múltiples pueblos de la isla. Santiago Iglesias, Jr., estimó que la fuerza numérica de la CGT sobrepasaba los 75,000 trabajadores.¹⁵

En vez de obstaculizar la huelga, las ambigüedades y equívocos durante el conflicto borraron los espacios limitados y excluyentes de movilización obrera y política. Al quedar claro que la huelga produjo una situación volátil y confusa, la participación en la misma no significó ofrecer un apoyo pasivo a una agenda ya establecida, sino contribuir de forma activa a definir la amplitud de la protesta y sus exigencias. La ausencia de un compromiso exacto entre el PPD, CGT y otros participantes, fomentó el vuelo imaginativo tan evidente en el discurso de líderes y seguidores. Esta perspectiva logra explicar la disposición de la gente a unirse a una protesta que creció en números e intensidad en muy corto tiempo. Al extenderse la protesta a las plazas, barrios y calles más allá del cañaveral, los participantes mostraron confianza en un movimiento desvinculado de autoridades rigurosas y saturado de potencial para lograr mejoras sociales. Los espacios ambiguos y difusos de interacción política surtieron de vitalidad al movimiento huelguístico, ese David que lidió contra la Coalición, las corporaciones azucareras y sus aliados en Washington, D. C. Ante la fortaleza patente de sus rivales, los huelguistas crearon lazos de solidaridad recurriendo a ventajas de otro calibre, tales como el entusiasmo y la diligencia de las personas al nivel más básico de la cotidianidad isleña. La acción colectiva durante la huelga fue producto de la versatilidad de sus participantes y, en menor grado, de la dirección política del liderato populista.

Por ser un esfuerzo multitudinario, la huelga inició una secuencia de

